

sos, y el infeliz Cristóbal inclinó hacia el suelo la cabeza con profundo desaliento al fijarla durante un segundo sobre la dura e impasible fisonomía del confesor.

—¡Ah, señora!—exclamó—. ¡Si voz fuéiseis mi juez, la santa causa que defendiendo estaba ganada! Así...

La voz expiró en los labios de Colón, sin que éste se atreviese a expresar sus dudas.

LIX

Reunióse, en efecto, el concilio que debía juzgar al gran Colón, cuyos temores se realizaron.

No iba a ser juzgado por sus iguales, sino por una turba de enemigos y pretendidos sabios, convencidos de antemano de que toda teoría que no alcanzaba a comprender su ignorancia o su rutina, era el sueño de un espíritu enfermo o soberbio.

Los jueces vieron en Colón a un aventurero, decidido a hacer fortuna por medio de sus quimeras, y ninguno se dignó escucharle, a excepción de dos o tres oscuros religiosos del convento de San Esteban de Salamanca, más instruídos que el clero superior; los demás examinadores le confundieron con citas de la Biblia y de los Santos Padres, que probaban desde luego la impiedad y herejía del nuevo sistema.

Diego de Deza, monje de la orden de Santo Domingo, hombre muy superior a su siglo y que más adelante fué arzobispo de Toledo, se atrevió a defender las ideas de Colón contra las preocupacio-

nes del Consejo; pero este débil auxilio no pudo vencer la obstinación de los examinadores, y las conferencias se multiplicaron sin resultado alguno, hasta que vino a interrumpirlas la guerra de Granada.

Como dijimos al empezar esta noticia histórica del gran marino, la reina Isabel, no queriendo desampararle, y adivinando que algo muy sublime se ocultaba bajo aquel hombre, pobre, triste, humillado y abatido, le hacía seguir a la corte, sosteniéndole decorosamente como agregado a su servidumbre, y de esta suerte le llevó como unido a su persona durante muchos años.

El rey de Portugal, el de Inglaterra y el de Francia, hicieron proposiciones a Colón para que entrase a su servicio, deseoso cada cual de poseer el nuevo mundo que ofrecía; pero él se negó por gratitud hacia Isabel, queriendo pagarle con una nueva corona las bondades que de ella había recibido, y que eran las primeras que le habían alentado.

La paz que siguió a la conquista de Granada dió lugar en Sevilla a otra reunión de examinadores; y su informe, combatido también, pero en vano, por el venerable Diego de Deza, fué que se rechazasen, *si no como impías, como quiméricas y atentatorias a la dignidad de la corona las ofertas del aventurero genovés.*

Doña Isabel derramó muchas lágrimas al saber esta decisión; aquella alma generosa y entusiasta

no podía desprenderse fácilmente de sus nobles ilusiones, y le pareció que al marchitar las de Colón, marchitaban también por aquellos hombres ciegos e ilusos las que ella más amaba.

Empleó todo su influjo con el rey, a fin de que suavizase la dureza de aquella resolución, y Don Fernando, aunque muy contra su gusto, dió a Colón, para más adelante, esperanzas que jamás vió cumplidas.

El pobre sabio, al cabo ya de su heroica paciencia, solicitó el favor de la grandeza; pero ésta siguió, como siempre, el ejemplo de la corte, y rechazó a Colón con visibles muestras de desprecio.

Una mañana muy temprano, se vió salir de Córdoba, a pie y con el aspecto abatido, a un hombre ya anciano; caminaba lentamente por la hermosa campiña apoyado en un bastón nudoso, y de cuando en cuando se detenía y alzaba las manos al cielo con una actitud de muda, pero profunda desesperación.

Mirando bien a aquel hombre, se conocía que el dolor le había aniquilado más que los años; y que las penas, más que la edad, habían llenado su frente de profundos surcos.

Caminando así, llegó al monasterio de la Rábida; y apenas llegó y le vislumbró el hermano portero, dejó éste escapar una exclamación de asombro y de gozo.

Descorrió los cerrojos, y un instante después

venían al encuentro del forastero el prior Juan Pérez de Marchena y un precioso muchacho que aquél traía asido de la mano, y que se arrojó al cuello del recién llegado, dándole el dulce nombre de padre.

—Veo que la suerte no os ha sido propicia, mi digno amigo—observó el prior—; os hallo abatido y triste; ¿qué os ha sucedido?

—¡Lo que yo esperaba!—respondió con voz sombría Cristóbal Colón, pues no era otro el abatido viajero—. Todos me tienen por loco y visionario, me desprecian y me rechazan; cansado de esperar años enteros, he resuelto pasar a tierra extranjera, y vengo a buscar a mi hijo Diego para dejarle al lado de mi segundo hijo Fernando y de la madre de éste, mi única amiga.

—¡Qué decís!—exclamó el prior—. ¿Renegáis de vuestra patria? ¿Váis a dar a otro soberano los tesoros de un mundo nuevo y virgen?

—¿Qué he de hacer?—repuso Colón con amargura—. Nadie los quiere aquí. ¿He de dejar que otro los busque y los encuentre?

—No—exclamó el prior con generoso entusiasmo—; no vayáis a tierra extraña, Cristóbal; aún existo yo, y aunque mis recursos no son grandes, yo os ayudaré; quedaos unos días, que Dios es bueno y no nos abandonará.

Al día siguiente, el venerable Juan Pérez envió a buscar al médico Fernández, a Alonso Pinzón, rico navegante de Palos, y a Sebastián Rodríguez,

piloto consumado de Lepí; les convocó en su celda y desarrolló ante ellos las ideas de Colón.

—Yo os imploro en nombre de vuestro patriotismo—exclamó cuando el sabio marino hubo terminado—; yo os imploro en nombre de la religión que ayudéis a este hombre eminente para que lleve a cabo sus grandiosos proyectos; al que le ayude le tocará una gran parte de la gloria que él conquiste.

Alonso Pinzón se levantó con el semblante animado por un noble entusiasmo al oír las palabras del venerable prior, y dijo con voz alterada por una emoción profunda:

—Yo prometo contribuir con mis caudales y mis navíos al armamento de una flota.

—¡Ah, gracias, señor!—exclamó el pobre Cristóbal cayendo de rodillas a los pies del armador—; vos, después de mi ilustre amigo, el respetable prior, sois el primero que me tiende una mano protectora.

—Ahora mismo—dijo Juan Pérez—voy a escribir a la reina, interesándole, por lo más sagrado, en esta empresa.

Dichas estas palabras, el entusiasta religioso salió de la celda, dejando a Colón aún en coloquio con los varones a quienes había convocado, para que conociesen los proyectos del genovés.

En efecto; su primer cuidado fué escribir a Doña Isabel, que leyó la carta con atención y enternecimiento, enviando a llamar al instante al prior

de la Rábida y encargando a Colón que esperase en el monasterio la vuelta de aquél y la decisión del Consejo; ésta, merced a la intercesión de la reina, de la marquesa de Moya y del prior, fué aquella vez más favorable, y el marino, provisto de una suma de dinero que Doña Isabel le dió de su tesoro secreto, partió a Granada, donde fué admitido a exponer sus planes y sus condiciones a los ministros de D. Fernando.

Los primeros fueron aprobados.

Las segundas parecieron exorbitantes.

Colón exigía el título y los privilegios de almirante, el poder y los honores de virrey de todas las tierras que descubriese, y el diezmo perpetuo para él y sus descendientes de todos los productos de aquellas posesiones.

Pero los ministros, que no veían en aquellas exigencias el legítimo orgullo de un elegido de Dios, y que no consideraban lo mezquino del precio para lo inmenso del servicio, le ofrecieron condiciones menos onerosas para la corona.

Colón, tan pobre, tan abatido ya, se creyó, no obstante, obligado a rechazarlas, y volvió a tomar el camino de Córdoba para trasladarse a Francia.

Entonces Isabel, presintiendo las grandes cosas que se alejaban para siempre de ella con aquel ser predestinado, mandó a un emisario que fuese a alcanzar al fugitivo y que le rogase que volviera.

Apenas llegado Colón, consiguió la reina de su marido que ratificase las proposiciones del marino.

—¡No sé de qué sirve todo esto!—murmuró Don Fernando con mal humor—. ¡Isabel, os habéis empeñado en perseguir una quimera! Y aunque fuese una verdad, la penuria del tesoro nos impide ayudar a este hombre.

—Pues bien—exclamo la reina en un arranque de generoso entusiasmo—, *«¡Yo sola me encargo de la empresa por mi corona personal de Castilla! ¡Empeñaré mis alhajas y mis joyas para sufragar los gastos del armamento!»*

Aquel transporte de generosidad, verdaderamente heroico, triunfó de todo: firmóse el tratado entre los Reyes Católicos y el aventurero italiano el 17 de Abril de 1492, y se señaló el Puerto de Palos como centro de organización y punto de partida de la escuadra expedicionaria.

Nuevos y formidables obstáculos se opusieron al logro de los designios de Colón.

Los navíos, empleados en expediciones más importantes, se alejaban de los puertos de España; los marinos rehusaban alistarse para un viaje tan largo y tan incierto; la incredulidad, la envidia, la superstición, el terror, la irrisión y la avaricia, destruyeron mil veces los medios, debidos al favor de Isabel, e hicieron, al parecer, imposible la expedición que activaba en vano Colón desde el monasterio de la Rábida.

El cielo, sin embargo, reservaba una gran parte de la gloria de tan alta empresa al dignísimo prior de aquel monasterio, quien, en su incansable celo por Colón, en su fervido entusiasmo por toda empresa noble y grande, discurrió nuevos medios para ayudar a su protegido; acudió a los habitantes de Palos, y obtuvo de los tres hermanos Pinzón que se asociasen espontáneamente á la empresa.

Estos ricos armadores suministraron el dinero

necesario, equiparon tres carabelas, comprometieron a muchos marinos del mismo puerto, y, para inspirar más confianza, tomaron el mando de dos de las embarcaciones, *La Pinta* y *La Niña*, dejando a Colón el mando de la tercera, que se bautizó con el nombre de *Santa María*.

Hermoso e imponente espectáculo fué el de la partida de la escasa flotilla que iba más allá de los mares a descubrir un Nuevo Mundo. El pueblo se agrupaba a la orilla y lloraba; todos tenían el terror en el corazón y grabado en el semblante, y cada uno pensaba que no volvería a ver a su padre, a su hijo o a su hermano.

El prior Juan Pérez de Marchena, rodeado de sus religiosos, bendijo las azuladas olas del mar, que iban a ser cortadas tan pronto por aquellos valientes aventureros; los dos hijos de Colón se hallaban al lado del prior, bajo cuyo amparo quedaban, y tendían hacia su padre sus manos juntas, llorando sin consuelo.

En fin, Cristóbal, después de haber abrazado por la última vez a sus hijos, enarboló el pabellón de almirante y saltó a su carabela; el cañón hizo oír su imponente voz, y la flota se dió a la mar.

Era el viernes 3 de Agosto de 1492.

El aspecto de aquella pobre flotilla, apenas comparable a una expedición de pesca, contrastaba singularmente con la grandeza de los proyectos de su jefe y la extensión de los peligros que iban a arrostrar.

Tripulábanla 120 hombres, y de los tres barcos que la componían sólo tenía puente el *Santa María*.

Una brisa favorable les llevó hasta las islas Canarias, última estación entonces de los navegantes, y allí hubo de hacer alto Colón para componer las dos barcas, *Pinta* y *Niña*. Al llegar a Tenerife, el aspecto del volcán llenó de terror a los marineros; pero Colón le disipó, pasando de una embarcación a otra para explicar científicamente a aquellos hombres sencillos las leyes físicas del fenómeno.

La desaparición de éste les sumergió de repente en un profundo desaliento, creyendo haber perdido todo rastro a través del espacio incommensurable, y entonces Colón hubo de volver a emplear toda su elocuencia para animarles.

Tuvo también que ocultarles una parte del espacio que recorrían para que no se les hiciera tan largo, y de este modo mantener por algún tiempo la confianza de los suyos; no obstante, él anotaba para su conocimiento el verdadero número de leguas andadas, y cuando calculaba que se hallaban a doscientas de Tenerife empezó a observar, lleno de terror, cierto fenómeno que desconcertaba su propia ciencia y que todavía no ha sido explicado: la variación de la aguja inmanada de la brújula.

En vano quiso ocultar aquel prodigio a sus marineros, que lo notaron muy pronto; y creyendo que los elementos se turbaban o cambiaban de ley

al borde del espacio infinito, abandonaron las carabelas a merced de las olas y de los vientos, únicos guías que les quedaban entonces.

El desaliento de los pilotos consternó a toda la tripulación, y el pobre Cristóbal, no pudiendo explicarse a sí mismo aquel misterio de la naturaleza, inventó una hipótesis que, por suerte, devolvió a sus compañeros la fe que habían perdido.

Una mañana que sentado sobre la cubierta de su nave veía nacer la aurora e interrogaba con ansiedad al espacio, llegó a sus ojos el primer rayo de luz y de esperanza: vió volar cerca de su cabeza una ave de plumaje brillante y desconocido, y poco después vió también flotar sobre las ondas algunas plantas tan desconocidas como el ave; el espanto del pobre e impaciente sabio se trocó de repente en inmensa y confiada alegría; no es el arcoiris, con tanto entusiasmo acogido después de una tormenta formidable, como aquellas ramas secas, por el ánimo abatido del héroe de los mares; a sus ojos ave y ramas eran indicios seguros de la proximidad de la tierra, que creyó reconocer, desde luego, en las brumas que se divisaban a lo lejos en forma de playas y montañas.

Pero la tierra no aparecía nunca; pasaron algunos días, y cada nueva aurora disipaba ante los ojos de los viajeros aquellos horizontes imaginarios; la tristeza y la incredulidad surgían de nuevo en todos los corazones, y de nuevo lograba Colón disiparlas, repitiéndose cada día los augurios

felices o siniestros, según la disposición de ánimo de los que los observaban, y repitiéndose también las explicaciones ingeniosas y las arengas del almirante.

En tan angustiosas alternativas llegaron a navegar ochocientas leguas, y Colón, que veía que se tocaba al límite de sus cálculos sin encontrar la tierra que buscaba, empezó a perder el rumbo, y, aunque sin desesperar de una empresa en la cual había puesto toda la fe arrogante de su genio y toda la fe cristiana de su alma, se abandonó al vuelo de las aves, siguiéndole por espacio de dos días enteros.

Al fin del último todos los tripulantes perdieron completamente la esperanza; imagináronse que vagaban por mares sin límites, y, depuesto todo respeto, se amotinaron contra el almirante, queriendo, en su furor, obligarle a volver a Europa.

Colón, abatido, desesperado, no halló otro medio que pedir un plazo de tres días, haciendo solemne juramento de acceder a los deseos de los suyos, si pasado este tiempo no llegaban al término del viaje.

La Providencia, siempre justa y misericordiosa, se encargó de realizar esta especie de profecía: apenas habían transcurrido sesenta horas, cuando un cañonazo, retumbando en el Océano, llegó a los oídos de los rebeldes como el estruendo de un Nuevo Mundo que hubiese brotado de las entrañas del mar.

Era el grito de ¡Tierra! que daba *La Pinta* con la señal convenida.

Colón, al escucharle, cayó de rodillas, y la tripulación, poco antes rebelde y furiosa, imitó su ejemplo, entonando con voz profundamente conmovida el *Te Deum*.

A la mañana siguiente tocaron por fin la deseada tierra, y anclaron en una isla que llamaron *San Salvador*.

El valeroso almirante tomó posesión de ella, revestido de todas sus insignias, invocando el nombre de Dios y el de los Reyes Católicos.

Aquella isla estaba poblada de hombres de tez cobriza, de cabellera larga y sedosa, de ojos oscuros y facciones delicadas; iban desnudos y llevaban el cuerpo pintado de colores con figuras extrañas; adornaban sus orejas grandes pendientes de oro; al pronto no se atrevían a acercarse a los españoles, sorprendidos de sus armas y de sus caballos; pero poco tardaron en caer de rodillas ante ellos, adorándoles como seres sobrenaturales.

Colón, bondadoso y filántropo por religión y por instinto, ordenó que se les tratase con dulzura, y ellos no tardaron entonces en comunicarse con sus huéspedes, ofreciéndoles sus cabañas, sus frutas y cuanto poseían, con la buena fe de un pueblo sencillo e inocente.

El clima de aquellas regiones era tan apacible como sus habitantes; disfrutábase allí un cielo siempre azul y sereno, una brisa fresca y una tie-

rra fértil, que desplegaba todas las riquezas de una vegetación verdaderamente maravillosa.

Los españoles gozaron algún tiempo con delicia de todas aquellas ventajas; pero ellos buscaban el país del oro y de las perlas, y creyendo comprender, por las señas de los indios, que se hallaban al Mediodía, volvieron a embarcarse, navegando por los canales de un archipiélago, compuesto de más de cien isletas, hasta tocar en las costas de Cuba, que Colón tomó por una continuación de aquellos países donde los viajeros entusiastas colocaban el imperio y las maravillas del Japón o Comay; no encontrándolos allí tampoco, enderezó el rumbo hacia otra isla, que llamó *La Española*, siempre en la creencia de que detrás de aquellas regiones estaban el Asia y la imaginaria tierra de *Cipangú*, cuna de todas las riquezas.

De esta suerte, una ilusión impedía al ilustre marino llegar a la realidad, y no tocó al continente americano a pesar de tenerle tan cerca, dejando esta gloria al oscuro navegante Américo Vesputio, que no la ambicionaba, y que la alcanzó algunos años más tarde siguiendo las huellas del gran Colón.

En la *Isla Española*, que hoy es la de Santo Domingo, halló Colón la misma generosa hospitalidad que anteriormente había recibido: los habitantes eran tan sencillos y amables como los de San Salvador, y la vegetación tan rica y florida como aquella.

Seducido por tantos encantos, el almirante edificó allí un fuerte, y dejando en él algunos hombres que le custodiasen y mantuviesen un comercio lucrativo, dió la vuelta a Europa, a la cual ansiaba llevar la noticia del éxito feliz de su gigantesca empresa.

No bien hubo desaparecido el almirante, cuando la envidia, que se había arraigado en los corazones de sus compañeros, dió sus negros y funestos frutos: Alonso Pinzón, el mismo armador que había dispuesto por su cuenta la flotilla, y que era comandante de *La Pinta*, fingió extraviarse y se separó de las demás embarcaciones, dirigiéndose de nuevo a la *Isla Española*, donde desembarcó una noche cuando se hallaba allí también el almirante; éste, al encontrar a Pinzón, fingió contentarse con sus excusas y le ordenó que le siguiese, haciéndose ambos a la vela para Europa; pero el mar, tan complaciente para empujarlos hacia las vírgenes costas de América, parecía rechazarlos del Viejo Mundo.

A la vista de las Azores estalló una terrible tempestad, y las tres carabelas, azotadas por un huracán violento, se separaron y se perdieron de vista: Colón era indiferente a su propia suerte; pero temiendo la que podía haber a su descubrimiento si él perecía, escribió en pergamino muchas relaciones cortas de su viaje; encerró unas en cajas de cedro y otras en rollos de cera, y las arrojó al mar confiando en que la divina Provi-

dencia las haría llegar algún día a las manos de los hombres.

Tres siglos y medio después halló, en efecto, un navegante europeo un coco petrificado, dentro del cual había un pergamino con estas palabras escritas en caracteres góticos:

«No podemos resistir un día más a la tempestad, estamos entre España y los islas descubiertas de Oriente; si la embarcación se va a pique, quiera el cielo que recoja alguno este testimonio.

CRISTÓBAL COLÓN.»

Dios, en sus altos juicios, no permitió que Colón pereciese entonces: la flota llegó, por fin, sana y salva a la embocadura del Tajo, en Lisboa.

Colón, presentado al rey de Portugal, le hizo una relación de sus descubrimientos, aunque sin revelar la ruta, por temor de que este monarca enviara al Nuevo Mundo sus flotas antes que Doña Isabel; algunos cortesanos aconsejaron entonces al rey que hiciera asesinar al gran navegante, a fin de sepultar con él su secreto y los derechos de la corona de España; pero Juan II se indignó ante la idea de tal alevosía, y Colón se quedó en la corte, colmado por el rey de honores, en tanto que despachaba un mensajero dando parte a los Reyes Católicos de su arribo y de como iba a regresar al puerto de Palos, para donde salió después de haber tomado algún descanso.

En dicho puerto desembarcó, en efecto, el 15 de Marzo, al rayar el día, ante un pueblo ebrio de gozo que se adelantó hasta las olas para llevarle en triunfo a tierra; allí su primera acción fué

abrazar a su fiel amigo el prior de la Rábida, Juan Pérez de Marchena, y a sus hijos Diego y Fernando que habían ido a esperarle, trasladándose después al convento, descalzo y en solemne procesión, para dar gracias al Sér Supremo por su salvación y por la conquista que acababa de hacer para España.

Como si el cielo quisiera poner el colmo a su felicidad, vengándole de la envidia, al día siguiente entró en el puerto Alonso Pinzón, del cual había vuelto a separarse con la tempestad, anhelando entrar en Palos antes que el almirante y robarle las primicias de su triunfo; engañado en su culpable designio, y temiendo el castigo de su deserción, que Colón podía revelar, sintió a la vista de la carabela de aquél, anclada en el puerto, tal convulsión de dolor y de rabia, que cayó muerto sobre el puente de su misma embarcación.

Los reyes de Castilla fueron a esperar en Barcelona al que ya llenaba el mundo con la fama de su nombre.

Colón entró en aquella ciudad montado en un caballo blanco, cuyas bridas llevaban dos nobles castellanos, y vestido con el espléndido traje y las insignias de almirante; toda la grandeza de España le servía de comitiva; numerosos esclavos indios conducían en copas de oro frutos del Nuevo

Mundo, plantas extraordinarias, aves y animales extraños y piedras preciosas, producto todo de aquellos remotos climas.

Fernando le recibió con afecto, Isabel con lágrimas de gozo; el rey le levantó y le colmó de expresiones cariñosas, aceptando, con su esposa, todos los presentes que les traía y confirmando en todos los honores y dignidades.

Varios correos partieron al instante, por orden de Isabel, para llevar a todas las cortes de Europa la noticia de aquel descubrimiento, y el nombre del gran marino llenó bien pronto todos los ámbitos de la tierra.

Un día que, como otros varios, se hallaba invitado a la mesa de los reyes, y comía con ellos, otro de los convidados le preguntó astutamente si pensaba que, en el caso de no habersele ocurrido a él, hubiera faltado quien descubriera el nuevo hemisferio.

Colón nada respondió a esta pregunta; pero se levantó, y de un plato de huevos cocidos que había sobre la mesa tomó uno, y dijo:

—Yo os invito, señores, a que le hagáis tener derecho.

Los convidados fueron probando uno a uno sin que ninguno lo consiguiera.

Entonces Colón volvió a tomar el huevo, le dió un golpe sobre la mesa en uno de sus extremos, y suspendiéndole sobre su óvalo rotó, lo mostró así a sus rivales.

—Señores—dijo con el perfecto reposo del sér superior y dotado de un alma grande—, mi idea era muy sencilla, tanto como romper este huevo para que se sostuviese; pero a nadie más que a mí se le ha ocurrido; si algo vale, ahí está su mérito.

Por medio de tratados formales con la corte obtuvo Colón el virreinato, la administración y la cuarta parte de los productos de toda especie de los mares, islas o continentes donde plantase la cruz de la Iglesia y la bandera de España; encargóse a Fonseca, arzobispo de Sevilla, el armamento de una nueva expedición con el título de *Patriarca de las Indias*, título que entonces y para él se creó.

Este prelado se hizo, desde luego, el rival oculto de Colón; y, a fuerza de intrigas y pretextos, logró reducir a diez y siete el número de naves que debían componer la escuadra; el genio aventurero de la época hizo, sin embargo, tan brillante como numerosa aquella expedición; precipitáronse a los navíos gran número de monjes, hidalgos y aventureros, entre los que se contaba el famoso Alonso de Ojeda, que había sido paje de la reina y que pasaba por uno de los más arrogantes caballeros de la corte.

El 25 de Septiembre de 1492 salió la flota de la bahía de Cádiz, y Colón, después de haber abrazado y bendecido a sus hijos, montó al navío almirante; el Océano recibió a sus ilustres huéspedes con la misma complacencia que la vez prime-

ra; los navegantes descubrieron el 2 de Noviembre la Guadalupe, cruzaron por medio de las islas Caribes, y tocando muy pronto en la punta de la Española, hicieron velas hacia el golfo en que Colón había construido el fuerte y dejado a cuarenta de sus compañeros.

Al llegar allí esperaba al almirante una dolorosa sorpresa; hallóse derribado el fuerte, desierta la plaza y sepultados entre las ruinas los huesos de los españoles: ¡era el rastro espantoso de una venganza de los indios!

Poco después se supo que, habiendo aquéllos abusado de la hospitalidad, persiguiendo, robando y matando a los pacíficos habitantes del país, éstos, en defensa propia y en castigo de sus violencias, los habían exterminado.

Colón sintió sinceramente la desgracia de sus compañeros, y dirigiéndose a otra playa virgen de la misma isla, fundó en ella la población llamada *Isabela*, que, muy en breve, llegó a ser una colonia rica y floreciente; pero había agotado casi todos los recursos traídos de Europa, y envió la mayor parte de sus navíos a España, a fin de que pidiesen otros a sus soberanos.

En aquella flota se embarcaron muchos descontentos y envidiosos, y vinieron a sembrar en España la murmuración y la calumnia contra el varón eminente, al que, en su bajeza, no podían respetar y admirar.

Colón, abrumado de disgustos, de decepciones

y de ingratitudes, se quedó en la isla enfermo, extenuado y teniendo que luchar a la vez con una extrema penuria de recursos y con los más vergonzosos desórdenes.

¿Qué martir, qué santo, qué guerrero ha sufrido más que el ilustre genovés? Todas las penas, todos los reveses, todas las pruebas de la vida se aglomeraron sobre aquella cabeza, ilustre por el genio grandioso que encerraba.

Colón ha sido uno de los más sabios legisladores del mundo; no quería llevar a aquellas razas primitivas el vicio, la tiranía y la muerte, como lo procuraban sus compañeros; anhelaba darles la fe, las artes y la civilización de Europa; indignábase, por lo tanto, contra los desmanes y arbitrariedades de los suyos, que martirizaban a los indios de mil maneras diferentes, y los castigaba con penas severas cuando no podía evitarlos.

Tuvo al fin que embarcarse para visitar a Cuba, que apenas había entrevisto en su viaje anterior, y costeó largo tiempo esta isla sin apreciar su extremidad, que tomó por un continente; pasó después a la Jamaica, y atravesando un archipiélago delicioso, al que llamó *los jardines de la reina*, volvió a la gran Antilla, logrando establecer relaciones de amistad con sus naturales.

Allí permaneció algún tiempo, dejando en todas partes las huellas de su bondad y de su filantropía; pero cuando se hallaba ocupado en la sublime empresa de la civilización de aquel hermoso y di-

latado país, le asaltó una enfermedad gravísima, y sus marineros tuvieron que trasladarle moribundo a la Isabela.

Después de largos días de fiebre y de delirio halló, al abrir los ojos, un consuelo supremo.

Su hermano Bartolomé, que constituía la fuerza de la familia, así como Diego y Cristóbal eran la dulzura y el genio de ella, se hallaba sentado a la cabecera de su lecho.

Aquella fisonomía grave y austera, que pintaba el interés más vivo, aquella cariñosa y confortable solicitud, volvieron al almirante a la vida; éste confió a su hermano el mando supremo, con el título de *Adelantado*, y Bartolomé, administrador más severo que Cristóbal, supo imponer el respeto y la subordinación en las colonias, antes dominadas por la turbulencia y los rencores.

La perfidia y temeridad de Alonso de Ojeda suscitaron furiosos enconos entre los indios y los españoles; tramaron los primeros una vasta insurrección, y Colón, apenas restablecido de sus achaques, se vió obligado a emplear el hierro y el fuego contra aquellos infelices.

Como dice un biógrafo, se hizo guerrero y pacificador después de haber sido navegante, alcanzó victorias decisivas sobre los rebeldes y les sujetó a un yugo suave por su bondad y su política, imponiéndoles sólo un corto tributo de oro y frutos en señal de alianza más bien que de servidumbre.

Mientras Colón pasaba allí por tan duras pruebas, el rey, siempre dispuesto en contra suya, se dejó persuadir por los enemigos del almirante y envió a la Española un agente provisto de poderes secretos para residenciarle; en vano Isabel, siempre bondadosa y justa, trató de oponer su influencia contra semejante acto de ingratitud y de arbitrariedad; el agente, que se llamaba Aguado, llegó a la isla, y su primer acto fué hacer prender a Co-

lón, empezando a instruir contra él un enmarañado proceso.

Colón estaba rodeado de parciales, y era fuerte con su inocencia y su derecho: podía haber negado la sumisión a tan insolente mandato; pero fiel hasta el extremo y respetuoso con su soberano, inclinó la cabeza ante el solo nombre de Fernando, y se entregó él mismo a su juez, depositando en sus manos toda la autoridad de que se hallaba investido.

No bastó esta humildad, ni ninguna otra consideración, a conmovier el ánimo de Aguado; éste, sin respeto a la edad de Colón, a su sabiduría, a su dignidad y a los inmensos servicios que había prestado, ni al que prestó durante el sumario, y que consistió en el descubrimiento de un río que arrastraba oro en sus arenas, le condenó como reo y se embarcó con él para España, adonde llegaron después de muchos meses de navegación.

Aquel hombre, que representaba lo más augusto del genio, lo más sublime del valor, lo más heroico de la resignación, fué recibido en todas partes con la injuria y la calumnia, y se presentó en la corte en traje de franciscano, con la cabeza descubierta y los pies desnudos, como si fuera a pedir perdón de su inmensa gloria.

Isabel, afligida, desolada, interpuso con el rey toda su influencia, y al fin consiguió que oyese las razones del Almirante, que las dió tan buenas y convincentes, que le dejaron completamente justificado.

Colón propuso entonces nuevos viajes y descubrimientos, que aceptó Isabel, concediéndole más amplios títulos y poderes, provisto de los cuales volvió a embarcarse en Cádiz.

Pero la envidia le persiguió hasta el borde mismo de su navío. Briviesca, tesorero del patriarca de las Indias, Fonseca, se atrevió a dirigirle injurias al tiempo mismo de levar el ancla. Colón dejó estallar por la primera vez su justa y ya mil veces contenida indignación; cayó como un león sobre Briviesca, le arrojó sobre el puente y le holló con desprecio bajo sus pies; esta venganza justa dejó un nuevo resentimiento en el ánimo del patriarca, y proveyó de una nueva acusación que explotar a los enemigos de Colón.

La flota se hizo a la vela, siguió un nuevo camino, llegó a Trinidad, y, doblando esta isla, costeó la verdadera tierra de América, cerca de la embocadura del Orinoco.

Colón desembarcó allí; pero, hallándola desierta y silenciosa, volvió a su nave y siguió su rumbo sin dejar ninguna huella de su paso, remontando después al golfo de Paria.

Enfermo nuevamente y aniquilado por los años, las penas y las fatigas, arribó por fin a la Española.

Pero, ¡ay!, la colonia que había dejado en esta isla al mando de su hermano Bartolomé se hallaba dividida por la ambición y la envidia: la guerra civil ardía allí y llegaba ya a las poblaciones

de los pacíficos indios, en los que habían encendido un odio implacable contra los españoles; toda la política y buena fe de Colón no alcanzaban a calmar aquellas malas pasiones, y mientras él se afanaba por pacificar todos los partidos, el rey, informado por los enemigos del almirante de las desgracias de la isla, las imputaba a su incuria o a las faltas de su gobierno.

Vióse, pues, obligado el infeliz Colón a pedir a la corte que le enviase un magistrado para imponer por sus juicios la autoridad real, y el rey le envió a Bobadilla, hombre íntegro, pero orgulloso y fanático.

No bien llegó a la Española, y prevenido como se hallaba contra el almirante, hizo uso de sus poderes, y mandó prenderle y cargarle de cadenas.

Tampoco esta vez resistió Colón a este acto de despotismo y de arbitrariedad; dejóse encerrar en el calabozo del fuerte de la Isabela, donde permaneció muchos meses; al cabo, el bárbaro y obcecado Bobadilla le condenó a ser expulsado de la colonia y enviado a España a disposición del soberano.

Embarcóse bajo la custodia de Alfonso de Villejo, perseguido hasta el navío por los insultos de un populacho furioso, y desembarcó en Cádiz cargado de las cadenas con que le había atado la envidia, y que no quiso quitarse en toda la travesía a pesar de las instancias del mismo Villejo.

Conquistado ya todo el reino de Granada, se hallaba Isabel en la capital a la llegada del ilustre cautivo; un copioso y amargo llanto de la reina acogió la noticia de haber desembarcado en Cádiz, cautivo y aherrojado, el héroe de los mares.

—¡Que se le quiten al instante las cadenas!— exclamó—¡Que los hierros sean reemplazados por vestidos magníficos y sus carceleros por una escolta de honor! ¡Y no bien haya reposado de sus fatigas, que venga a mi presencia!

La voz de la reina, haciendo así justicia, sublevó a la España entera contra Bobadilla. Colón llegó a Granada y cayó a los pies de los reyes ahogando apenas los sollozos.

—Levantáos amigo mío—le dijo Isabel—; ni el rey ni yo nos rebajaremos hasta revisar ese miserable proceso que la obcecación y la calumnia han formado contra vós; desde luego os absolvemos de todas las culpas que os imputan; quedaréis en la corte para siempre, y se enviará a la Española un nuevo gobernador para que os devuelva los bienes que os han confiscado y os envíe la parte de renta que os pertenece.

No pudo Colón gozar por largo tiempo de la paz y del reposo que se le ofrecían en su patria; acercábase ya a los setenta años, y aún ansiaba las conquistas y los descubrimientos del Nuevo Mundo.

Vasco de Gama acababa de descubrir entonces el camino de las Indias por el cabo de Buena Esperanza, y él, convencido de que podría hallar otro más corto, devorado por su genio y ardiendo en una noble emulación, solicitó el mando de una expedición, y volvió a hacerse a la vela en Cádiz el 19 de Mayo de 1502, acompañado de su hermano Bartolomé y de su hijo Fernando, entonces de edad de catorce años; llevaba cuatro navíos, tripulados por ciento cincuenta hombres; dirigióse desde luego a la Española para renovar los viveres; pero Ovando, que era el gobernador enviado por los Reyes Católicos, se negó absolutamente a recibirle en el puerto.

Reinaba un temporal borrascoso; y Colón, que

veía acercarse una tempestad mucho mayor, se alejó de allí para buscar un asilo en las gargantas apartadas de la isla, advirtiéndole a Ovando que detuviese una flota considerable que iba a enviar a España.

El soberbio gobernador no hizo caso, y, en efecto, una furiosa tempestad sumergió la flota entera, los tesoros que conducía y más de mil españoles que la tripulaban.

Ancló, por fin, Colón en una hermosa isla, llegando a aquel continente que parecían disputarle los huracanes; calmado el temporal, que duró sesenta días, visitó la isla, recogió oro y perlas en abundancia, no sin sostener guerras encarnizadas con los naturales, hasta que pudo volver a la Española.

En la travesía perdió dos navíos, y le quedaron los otros dos completamente destrozados; tuvo, pues, que detenerse y anclar en una bahía desconocida, mientras un emisario que partió a la isla, arrojando los mayores peligros, le proporcionaba algunos socorros del gobernador.

En tanto que el desventurado marino esperaba aquellos socorros tan preciosos en su situación extrema, la gente de su tripulación se sublevó de nuevo, atizada por algunos sediciosos de los que jamás faltaban al derredor del almirante. Colón se vió una noche rodeado de puñales, y ya encomendaba su alma al Criador, cuando acudió en su auxilio su hermano Bartolomé, quien, a la cabeza

de unos cuantos marineros fieles, cerró contra los traidores, y mató a varios de ellos.

Muchos días pasaron en incalificables dilaciones; al fin le envió Ovando algunos navíos, a bordo de los cuales fué a descansar a la isla que aquél gobernaba; a aquella isla que él había convertido en un imperio, y de la cual le habían proscrito la envidia y el odio de sus enemigos.

La edad, las enfermedades, las penas y un naufragio de diez y seis meses, habían agotado las fuerzas de Colón; el gobernador le acogió en su misma casa, al parecer con la mayor cordialidad; pero, realmente, teniéndole excluido por completo de los negocios, de todo influjo con el gobierno y viendo a sus enemigos en favor y a sus adictos perseguidos y desterrados; veía asimismo sus bienes confiscados, sus rentas dilapidadas, sus tierras despobladas e incultas, y, por término de todo, una vejez llena de miseria y de abandono.

A pesar de su gran valor moral, la desesperación se apoderó del ilustre navegante, quien se arrojó al fondo de un navío que volvía a España; su hijo, su hermano y algunos servidores le siguieron, y la mar, implacable entonces para él, le llevó de tempestad en tempestad hasta Sanlúcar, donde desembarcó el día 7 de Noviembre.

El poseedor de tantas islas y continentes no tenía techo donde reposar su cabeza, y fué trasportado a Sevilla casi moribundo.

Pocos días después de llegar, escribía a su hijo